

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 86

Clamores de la América y recurso a María Santísima de Guadalupe en las presentes calamidades.— Desengaño de falsas imposturas

Clamores de la América y recurso a la protección de María Santísima de Guadalupe en las presentes calamidades por don Sejo Amira de Narte

Si en un año de continuas tribulaciones puede tener lugar la queja; ya es tiempo de que resuene el eco de mi voz, por todo el ámbito del orbe y entre dolorosos ayes y suspiros eleve a las esferas mis clamores, preguntando a vosotros hijos míos americanos ¿qué guerra es esta? y ¿quién ha podido transformar para sostenerla, vuestra índole afable, vuestro carácter sensible en corazones más duros que una roca, a la vista de las horrosas consecuencias que ha producido?.

Recorred en vuestra memoria el estado en que os hallabais el día 15 de septiembre del año anterior de 1810, víspera del que fue principio de la más funesta rebelión, nacida en el pueblo de Dolores y que ha extendido en todo mi reino sus lastimosas results. No recordareis otra cosa, que haber visto abundantes provisiones de sazonados frutos de mis fértiles campiñas; continua producción de mis entrañas que en oro y plata, ponía en vuestras manos la riqueza de mis minerales; competentes fábricas y talleres que ministraban ocupación y subsistencia a vuestras familias; comercio, industria y arbitrios, que desviaban de entre vosotros el horroroso aspecto de la indigencia; socorros, protecciones, auxilios, manos liberales, que acudían a vuestras necesidades en el infortunio, en la calamidad, en las miserias, a que os acercaban las de la humana naturaleza, y por consecuencia de todo esto alegría, tranquilidad, contento, paz y cuantas prosperidades produce un estado tan feliz.

Volved ahora los ojos a toda la extensión que forma mi dilatado reino, y si las lágrimas que a los primeros objetos que registréis os permiten continuar el examen de mi situación; el dolor que traspase vuestros corazones, os debilitara las fuerzas para poder hacerlos cargo completamente de mis desgracias; pero entre tanto que mantengáis espíritu para ello, transportaos al monte de las Cruces, a los campos de Aculco, a las montuosas sierras de Guanajuato, al puente de Calderón, a las calles y plazas de Valladolid, a las cañadas de Zitácuaro, a cada ciudad, villa, pueblo, hacienda, rancho, obraje y hasta al caserío más miserable; entrad a las habitaciones que lo fueron de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros compatriotas, de vuestros conciudadanos y de vuestros liberales protectores.

¿Qué halláis en todos y cada uno de estos recintos? El dolor ahoga vuestras voces, y apenas podéis articular en débiles acentos la narración de cuanto estáis mirando. Mis espaciosos campos, los veis cubiertos de cadáveres a millares, formando ríos la sangre derramada de vuestros hermanos, de quienes a los unos, cubre la infamia de haber empuñado las armas en apoyo de la más negra ingratitud, y de la execración más abominable, al paso que a los otros llena de gloria sus helados miembros el sacrificio de sus vidas en defensa de los deberes más sagrados de la religión, de la patria y del rey, haciéndose acreedores a eternizar sus nombres en el templo de la inmortalidad; pero al mismo tiempo aumentando el dolor, la consideración de que su propia heroicidad hace más lamentable a la patria la pérdida de tan ilustres beneméritos defensores.

¿A dónde encontráis ahora aquellos graneros provistos de abundantes semillas para vuestra subsistencia? ¿Qué se han hecho esos materiales de riquezas en preciosos metales? Los talleres, las fábricas, el giro de numerario, y tantos diversos arbitrios con que alimentabais vuestras familias, ¿dónde existen? ¡ah! que no ha quedado de todo esto sino

un horroroso espectáculo, que cual otra Troya presenta en sus ruinas a la imaginación menos reflexiva la dolorosa memoria de que el saqueo, el robo, el fuego y todo género de tiranía; ejercitada con la más inaudita impiedad por vuestros mismos compatriotas, ha transformado el país de las delicias y de la felicidad, en el de la desolación y miserias.

Pues todavía no es tanto cúmulo de males los únicos que deben examinarse y llorarse; ocultan otros esos magníficos edificios, y esas humildes chozas; entrad en los unos y las otras, y hallareis nuevos motivos, que con violentas palpitaciones agiten vuestro corazón, y si en él ha quedado algún pequeño sentimiento de humanidad os obligue a detestar el origen de tantas desgracias.

Escuchad antes de introducirnos en esas tristes moradas los clamores que resuenan en ellas; oíd a la viuda traspasada de angustia, lamentándose por la falta de su consorte, que a su propia vista fue víctima de la ferocidad y barbarie, o a quien la seducción engañosa, o los deberes del honor en el cumplimiento de su obligación separó de entre los vivos; atended los doloridos ayes de unos huérfanos inocentes, que elevan hasta el cielo, en voces todavía balbucientes, la insinuación de la pena que aflige sus tiernos corazones por la falta de un padre en quien tenían cifradas todas las delicias de un cariño, como único objeto a que la naturaleza y el frecuente amoroso trato se los había inspirado; no parece que han quedado estampadas en su memoria otras expresiones que: ya no tenemos padre, murió en la revolución de esta ciudad, pereció en la batalla de las Cruces, perdió la vida en la reconquista de Guanajuato... y de este modo contemplad aquel corto recinto, que poco tiempo antes era la mansión del placer de una numerosa familia, convertido en teatro de dolor.

Si todavía conserváis aliento, entrad a registrar con la vista los objetos que presenta esa habitación, a cuyos umbrales habéis llegado con trémulos pasos. Reconoced en esa

desamparada viuda los sentimientos de la naturaleza al considerarse madre de los pequeños retoños, fruto de una dulce y casta unión que la rodean; ved en el rostro de cada uno de cuantos forman este doloroso cuadro, pintados con vivísimos colores la pena más amarga; el sentimiento más acerbo, por la inesperada pérdida del único que ministraba el sustento de todos, del que cubría sus carnes, del que cuidaba de la educación moral y política de esos delicados vástagos, para que con el tiempo se convirtieran en ejemplares ministros del santuario, en vírgenes consagradas a Dios en los claustros, en depósito de las ciencias, en defensores de la fe, alistados bajo las banderas de la milicia, en honrados ciudadanos, labradores infatigables, comerciantes industriosos, y aplicados jornaleros, para mantener entre todos el orden de la sociedad, y las fuerzas del estado.

¿Quién podrá fomentarlos, alimentarlos y sostenerlos ahora en su infancia? ¿Quién educarlos y protegerlos en su juventud? Y ¿en qué podrá librar la patria unas lisonjeras esperanzas de llegará tener ornamentos que la ilustren, en quienes apenas pueden conservar la memoria de sus honrados padres, cuyo virtuoso ejemplo ya no tienen a la vista? La consternada madre gime, suspira, estrecha entre los brazos a sus tiernos hijos, baña su rostro con abundantes lágrimas, protesta que daría mil vidas por conservar la de su fiel esposo, porque sería más útil a aquellos desgraciados huérfanos; recuerda la protección que dispensó la fortuna a su familia, haciendo fructuosas las dilatadas tareas y los incesantes afanes del que pocas horas antes había sido liberal conservador de su existencia; nada encuentra de sus bienes, todo le falta, y sólo se mira dueña de las ropas que la cubren, en que quizá conserva por última prenda del fiel amor a su marido, la sangre que circulaba en sus venas, y brotó al impulso de una mortal herida.

En tan triste estado se determina esta afligida madre a implorar la piedad de los que espera puedan ministrarle algún socorro; se resuelve a mendigar de puerta en puerta el

alimento de sus hijos, a todo sacrificio honesto se halla dispuesta por adquirirlo, pero al poner en ejecución sus designios no halla otra cosa que nuevos motivos de acrecentar su acongojada situación; penetra a las habitaciones de sus vecinos y conciudadanos, y sólo halla en cada una otro teatro, en todo semejante al de su tragedia; no se presentan a su vista otros objetos que huérfanos desamparados, tiernas doncellas, que por falta de quien las sostenga han abandonado los colegios y casas de enseñanza en que cultivaban la virtud, y aseguraban su virginidad; ancianos respetables y enfermos habituales que han desamparado su lecho huyendo de la muerte¹ y solicitando el sustento que antes recibían de manos bienhechoras; no oye otra cosa que clamores, ayes y suspiros, por la falta del esposo, del padre, del hermano, del deudo, del amigo, del protector, del benefactor; todo aumenta su pena, y no halla el menor lenitivo a su aflicción ¿a quién volverá sus llorosos ojos implorando algún consuelo?

A ti, purísima Virgen María, que en tu sagrada imagen de Guadalupe estas jurada patrona de todo mi reino, a ti que con entrañas de misericordia te dignaste venir a ofrecerte por madre en el cerro de Tepeyacac, de cuantos implorasen tu amparo; ya lo solitan todos mis hijos y habitantes, cada uno de sus necesidades, por medio del solemne novenario que se acaba de celebrar en la santa iglesia metropolitana, determinado por la fervorosa devoción del primer jefe de mis dominios, cuyo tierno corazón tiene publicado el dolor que le consterna, por las actuales comunes calamidades y ha dado reiteradas pruebas de la violencia con que se ve precisado a decretar el severo castigo de los malvados que en la más obstinada obcecación han despreciado los repetidos indultos con que les ha convidado al perdón.

¹ En Ixmiquilpan la experimentaron dentro de sus propias casas, viejos, mujeres y niños hasta de pecho, pereciendo el número de 41 a manos de los insurgentes. *Gaceta de México* número 108 de 10 de septiembre.

Ahora es tiempo de implorarlo de nuevo, amados hijos míos, ya, la dolorosa experiencia de un año os debe haber desengañado de que no puede ser principio de felicidad lo que comienza trastornando el orden de la sociedad, atentando contra las autoridades y dignidades constituidas, contra los bienes y las vicias de vuestros semejantes y en una palabra, contra todos los principios de una sana moral y una buena política.

Ea pues, americanos y cualesquiera otra clase de habitantes de mi fértil suelo, que os ha seducido una engañosa ilusión; arrojad las armas de vuestras manos, romped esos viles instrumentos que horrorizan a la naturaleza; detestad las falsas ideas que la preocupación os pintaba halagüeñas, y presentaos ante la respetable persona de vuestro excelentísimo señor virrey y demás respectivos magistrados del reino; publicad vuestro arrepentimiento; pretextad la enmienda; implorad el perdón y confiad en que el iris de paz, la protectora de mis confines María Santísima de Guadalupe, alcance de su sacratísimo hijo inspire al jefe superior os lo conceda, y restituidos a vuestros hogares, al seno de vuestras familias, trabajad con empeñoso anhelo para restaurar la tranquilidad, el sosiego y las felicidades de que el cielo ha colmado la vasta extensión de mis dominios.— México septiembre 20 de 1811.

DESENGAÑO DE FALSAS IMPOSTURAS

Porque no se extrañe el estilo de este papel, no observado hasta aquí, en los de esta clase, se advierte que se escribió con el objeto de encomendarlo al editor del diario, para que juzgándolo digno, lo diera al público; pero habiéndose extendido más de lo que se esperaba, algunas personas interesadas en la pública tranquilidad, como fieles vasallos de nuestro augusto soberano, considerando que el diarista no podría darlo en un solo día, y que sería mejor se imprimiese por separado, convino su autor en ello, convencido de que acaso así

sería más útil al logro del fin que se ha propuesto, y para dar un público testimonio de la veneración, gratitud y afecto, que sinceramente profesa a su madre patria, dedica este parto de su corto ingenio, a todos los europeos habitantes de esta Nueva España.

Señor impresor.

Muy señor mío: Entre tantos como importunan la atención de vuestra merced para que dé al público sus pensamientos, espero le dé lugar al de un pobre forastero que desea vivamente desimpresionar a sus paisanos de las ideas que les ha hecho concebir el fanatismo de la insurrección; si por medio de vuestra merced logro el fin de mi proyecto, después de besar humildemente los pies de Jesucristo y de darle las más reverentes gracias por el beneficio que me concede, lo quedaré a vuestra merced perfectamente reconocido, y si no consigo el fruto de mi pretensión, me conformaré con haber practicado lo que me ha dictado la caridad; pero para esto no espere vuestra merced un discurso elocuente, adornado de aquellas frases retóricas que hacen brillar los ingenios, porque este papel no se dirige a los sabios, cuyos errores, cuando los tenga, no son hijos de la ignorancia, sino a la gente sencilla que fácilmente se deja alucinar; pues aunque ésta jamás compra los diarios, espero que los suscriptores y demás interesados no dejarán de repartirlos entre la plebe, para que logren un completo desengaño.

Yo, señor mío, soy un pobre criollo hijo de la tierra dentro, y tal cual aunque indigno, soy sacerdote, y por tanto acreedor a que se me dé algún asenso. Vivía en un pueblo corto disfrutando de la mayor satisfacción, no sólo por la tranquilidad y sosiego que gozábamos, sino también por la docilidad de sus habitantes, pues habiendo tenido yo la felicidad de no haber sido en esta triste época de aquellos eclesiásticos que lejos de apacentar el rebaño de Jesucristo lo han devorado sangrientos, apliqué mis cortos talentos y

ardiente celo en exhortarlos a mantener con fidelidad y honor, y tuve la complacencia de ver que quedaron tan convencidos de la verdad, que después de detestar las falsedades y engaños del abominable cura Hidalgo, se propusieron denunciar y aprisionar, como lo hicieron, a los pérfidos emisarios que fueran a seducirlos.

En este estado me hallaba gustoso, cuando los inicuos rebeldes fueron inundando aquellos territorios de mi residencia, y considerándome yo objeto de sus iras por lo mucho que había trabajado contra su inhumano proyecto, temí justamente ser víctima de su perfidia, y por tanto me resolví a huir de su detestable presencia y venirme a esta capital, donde esperaba hallar la seguridad de mi persona; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando en una ciudad tan leal como ésta, encontré muchísimos insurgentes de corazón, que no pudiendo seducir claramente por temor de las penas eclesiásticas y civiles, lo hacían con disimulo, suponiendo falsedades, ya contra los europeos, y ya a favor de los insurgentes! haciéndome conocer con esto el poco o ningún trato que tenían con aquellos, y la falta de conocimiento del proceder de éstos, siendo lo más sensible que este modo de discurrir lo advertía (cosa increíble) entre mis mismos compañeros.

Unos me decían, (me explicaré con sus propios términos): los gachupines miran ya con el mayor desprecio a los sacerdotes criollos, hablan muy mal de ellos y los censuran. Otros me aseguraban, que los gachupines pretendían asesinar a todos los criollos, o por lo menos esclavitarlos para siempre. Otros pronosticaban, que si las tropas del rey vencían, ya no debían esperar los criollos colocaciones ni empleos, y después hablando de los insurgentes, afirmaban que estos eran unos hombres religiosos; que su proyecto, aunque los europeos lo querían hacer punto de religión, debía considerarse puramente político; que no venían haciendo daño alguno a la patria, y sí favoreciendo a los patricios, y otras cosas a este modo tan despreciables y sediciosas, que si no hubieran pasado por mí mismo, no las

hubiera creído.

Yo que jamás he podido ver este asunto con indiferencia, porque me tocan en lo más vivo de mi gratitud y amor, y que conocía su ilusión, les rebatía con tal empeño sus quimeras, que cuando no conseguía desengañarlos, los hacía por lo menos callar; como yo logre ahora, aunque sea esto último, me conformaré.

Para ver si lo consigo, digo primeramente, que es una impostura criminal, infame y digna del mayor castigo, decir que los europeos miran con desprecio a los sacerdotes criollos que hablan muy mal de ellos y los censuran; yo lo soy, y protesto delante de Dios y de los hombres, que nunca he tenido más amigos y conocidos europeos que en esta triste época; mis antiguos conocimientos, lejos de resfriarse por estas revoluciones en su amistad, me la han confirmado más con demostraciones tan finas, y acciones tan heroicas, que no he podido menos que admirar la bondad de sus corazones; es verdad, que jamás me han oído otras expresiones que aquellas que puede proferir un hombre cristiano, leal y honrado; pero ¡cuántos teniendo el corazón corrompido, han guardado la máxima de explicarse del mismo modo! Los que no me conocen, sin embargo de que no llevo escrito en la frente mi corazón, me han visto con el mismo respeto y atención que antes; y si no fuera porque no se crea que llevo algunas miras a fines particulares, ya diría, que más bien he experimentado desatención en otros, que en los europeos.

Lo que estos dicen sobre el particular es, que si no hubiera habido sacerdotes fomentadores de la insurrección, ésta no se hubiera propagado tanto, ni hubiera durado el tiempo que hemos visto, y es una verdad esta tan constante, que nadie la podrá negar, y yo con sumo dolor de mi corazón me veo precisado a confesar, porque en los eclesiásticos (hablo de los malos), se han observado tres géneros de conducta: unos han andado con la lanza en las manos, convoyando ejércitos de bandidos e infelices idiotas que inicua-

han seducido como Hidalgo, Morelos, Mercado, Garcilita y demás; otros que no han tenido valor para andar en las campanas y tomar las armas, se han valido de la opinión que con el vulgo tiene el carácter sacerdotal, para apoyar y fomentar la insurrección en las conversaciones públicas y privadas, en los púlpitos y aun ¡qué horror! en el santo tribunal de la penitencia; otros, y estos son muchísimos, se han manejado con la más fría y mortal indiferencia, y tan criminales son éstos, como los primeros y los segundos, porque aunque la insurrección fuera, que no lo es, como diré después, punto político puramente, bastaba la consideración de los gravísimos daños que habían de ser consecuentes a la revolución, para que todos los sacerdotes hubiéramos esforzado nuestro celo y autoridad para desengañar a los fieles, y exponerles los peligros a que se conducían, y los males aun temporales en que iban a envolverse, con respecto a que somos, según el evangelio, luz del mundo y sal de la tierra, y por tanto considero reos de gravísima culpa en la presencia de Dios a estos mudos, que algún día su silencio los obligará a decir: *ve mihi quia tami*, infeliz de mi, porque callé.

Pretenden estos infelices disculparse, con que no quieren comprometerse con los insurgentes, con quienes se exponen, si hablan contra la insurrección. Buena excusa es esta por cierto, quieren disculparse con la misma culpa ¡Qué bellos doctores y maestros de la ley evangélica! ¡Qué bien quedáramos, si por no desagradar a los pecadores no predicáramos contra los vicios! Los que así se expresan, no merecen ni nombrarse ministros del Señor; pero valga la verdad, yo me persuado el que no declamar contra la insurrección, no es por cobardía, como aparenta, sino por afecto a la revolución, porque si el temor los retrae, ¿cómo no temen al superior gobierno, que les ha de hacer cargo por su indiferencia y taciturnidad? ¿Cómo no temen a Dios, ante quien se han hecho responsables de tanta sangre vertida por su desleal omisión? Consulten con su conciencia y no con su corazón, y verán como ésta les grita, y les reprehende su conducta.

Digo que no consulten con su corazón, porque éste al oír el *tolle tolle, crucifixe crucifixe* contra la inocencia de nuestros padres, se llena de gozo y dice, la sangre que se derrame venga sobre nosotros, y sin remedio irá contra ellos, porque su silencio ha hecho por lo menos vacilar a los pueblos; véanse los lugares donde los ministros de la paz han procurado conservarla con su ejemplo y exhortaciones, y los hallaran gozando de tranquilidad; aunque los insurgentes hayan entrado en ellos;² y a vista de esto ¿no quieren que se quejen los pobres perseguidos? No puede darse mayor injusticia, asesinarlos, robarlos, ultrajarlos, y quieren que sean insensibles; que los eclesiásticos, olvidados de su ministerio y obligaciones, sean los primeros en ofenderlos, y no solo no querer que se diga esto, sino fingirles quimeras y suponerles un odio que no conocen. ¡Oh necesidad!

Pero no es menos necia la calumnia con que los infama, diciendo: que los europeos quieren asesinar, o por lo menos esclavitar para siempre a los criollos; para dar asenso a estas voces, es necesario no tener ni luz de razón; ¿qué fundamento podían tener o qué motivo podíamos haberles dado para una empresa como esta? Las pruebas que los europeos han dado siempre a los criollos, son de un verdadero amor ¡ojalá y los criollos los amaran como ellos aman a los criollos, que yo aseguro que ni aun se hubiera soñado la insurrección! bastante se ha demostrado esto en tantos indultos como se han prodigado por todas partes. En tantas victorias como han conseguido las tropas del rey ¿no han tenido en sus manos los europeos la venganza? ¿No podían haber degollado a innumerables miles de insurgentes que se han presentado a implorar la gracia del perdón o por lo menos esclavitarlos? ¿Y qué han hecho? Concederles con la más inaudita bondad, y después de

² Bien califican esta verdad las parroquias de Silao y de León, donde sus sabios y celosos curas Bustillos, Beltranilla y Besanilla, en medio del más ardiente fuego, supieron con viveza y actividad, librar a sus pueblos del contagio de la insurrección, por lo que en el día se hallan disfrutando las dulzuras de un sosiego inalterable, y de este mismo modo otros muchos que conozco.

tantas iniquidades, robos y asesinatos el indulto que pedían.

Es verdad, que algunos europeos se explican con dureza; pero es necesario ponernos de su parte y disculparlos, porque ¿cómo queremos que se explique mansamente un pobre hombre, que pocos días hace disfrutaba algunas proporciones, al lado tal vez de su cara esposa y tiernos hijos, y que por el maldito sistema de Hidalgo, en un momento se ve pidiendo limosna y separado de su familia, cuya suerte acaso ignora? ¿Cómo queremos que hable otro que ha tenido el dolor de saber que han quitado la vida a un hermano, a un pariente y a un amigo, sin tener más delito que ser europeo, y que estas iniquidades las hayan consumado unos hombres a quienes habrán favorecido y visto como a hijos? ¿Qué dijeran los criollos si se hubiera volteado la suerte, y contra ellos se hubiera levantado el grito? Si sólo porque los europeos explican sus sentimientos, son censurados y calumniados, ¿qué fuera por la inversa? ¿Y por ventura, sólo nosotros tenemos derecho para lamentarnos? ¡Bravo rigor y tiranía!

A más de que todas mis amistades son con los europeos, y jamás les he oído expresión alguna injuriosa a lo general de nuestra nación, su trato y su favor para conmigo y su actual estado de persecución, me roban toda la atención y cariño; y cuando por estas circunstancias en algunas concurrencias, arrebatado del dolor, profiero algunas palabras contra mi país, me van siempre a la mano; ¿y cómo podré yo ni otro alguno que tenga uso de razón creer las infames persuasiones de los pérfidos seductores, que no contentos con suponerles falsedades, se meten hasta pronósticos, pretendiendo leer las disposiciones de sus corazones, en el caso de que triunfen las armas de nuestro amado soberano.

Ciertamente, que para producirse de este modo, es necesario tener uno las entrañas muy corrompidas. Dime, infeliz emisario de los insurgentes, ¿de qué presumes sacar una consecuencia tan abominable? ¿Qué fundamento tienes para esperar acción tan vil de unos

hombres a quienes debes el ser que tienes? ¿Piensas por ventura que están poseídos de un corazón tan ingrato como el tuyo, que sin distinción de personas abrazas en tu delirio a una nación la más honrada de cuantas habitan el universo? Pórtate con conducta, y tú lograras las colocaciones que te granjeen tus méritos; y para que veas la nobleza de su proceder y te espantes de tus errados juicios, voy a referirte lo que no ha mucho hace presencié yo mismo. Hallábame en un café, donde había la concurrencia de más de veinte europeos, que trataban sobre los asuntos del día, y habiendo expresadose todos en favor de los soldados que habían batídose con los insurgentes, dijeron a una voz que no había con que premiar a unos hombres que también habían desempeñado la confianza de la patria. A esta sazón entró otro europeo, y al oír estas expresiones, dijo: Que los triunfos no se habían debido a los soldados, sino a los jefes que eran europeos; pero apenas acabó de decir la última palabra, cuando uniformemente todos descargaron sobre él tales injurias, que me temí llegaran a las manos, y por esto muchas veces emprendí levantarme de mi asiento para meter paz, de cuyo trabajo me excusó la prudencia del reprehendido, que cubierto de vergüenza se fue largando, y habiéndose quedado los demás, hablaron con tal cordura, que viniéndoseme a la memoria los daños y la persecución que habían sufrido, no pude menos que enternecerme al ver la nobleza de sus sentimientos; ¿y estos son los que han de procurar impedir más colocaciones? Es una vergüenza ver, que cuando unos pobrecitos de baja esfera, exponen gustosos sus vidas en defensa de la religión, del rey y de la patria, otros preciados de nobles, y que hacen alarde de la ilustre sangre de sus progenitores, estén sembrando tan cruel cizaña, que resulta inmediata y directamente contra la religión que profesamos, por más que digan que los insurgentes son hombres religiosos, lo que es falsísimo, como veras.

Yo quisiera saber, qué idea o qué concepto se han formado de nuestra sagrada religión, los que tienen valor para asegurar que son religiosos unos hombres que han cometido las más bárbaras e inhumanas crueldades, unos hombres que cuando han asesinado a los europeos y honrados criollos, les han negado (aunque se les hacían las más tiernas súplicas) es socorro espiritual del sacramento de la penitencia; unos hombres que han violado el fuero eclesiástico, obligando a los párrocos en los lugares que repiquen en su ingreso a las parroquias, y les expongan la majestad del Santísimo Señor Sacramentado; unos hombres que han profanado los santuarios, volviéndolos casas de tráfico, como en Huichapam, que al tiempo mismo de estarse celebrando los divinos oficios, se estaban vendiendo bebidas prohibidas; unos hombres que sin autoridad, pusieron infinitas ocasiones sus violentas manos en los sacerdotes, aprisionándolos, golpeándolos y amenazándolos con la muerte; unos hombres que en Xocotitlán apedrearon al cura y le apuntaren con las escopetas, al tiempo mismo que tenía en sus manos el sacramento; unos hombres que en el cardenal, estando patente el mismo divinismo Señor Sacramentado, y dentro de la misma iglesia, cometieron los más sangrientos homicidios; unos hombres tan desnudos del temor santo de Dios, que al aspirar, por más que se les ha exhortado a que pidan los sacramentos y se arrepientan de sus culpas, no lo han querido hacer; unos hombres finalmente, que han atropellado con las censuras del Santo Tribunal de la Fe, y de los ilustrísimos señores arzobispos y obispos. Si con todos estos crímenes se han granjeado los insurgentes el renombre de religiosos, los Calvinos y los Luteros, merecerán el de santos.

Ya veo que los juzgan así porque los ven invocar el dulcísimo nombre de María Santísima de *Guadalupe*, que hacen rezar novenas a los Santos, que pagan misas de rogación para alcanzar el triunfo de sus iniquidades; que mandan celebrar solemnes sacrificios en acción de gracias por haber consumado alguna maldad; pero no consideran

que nada prueba más su irreligiosidad que esto, porque así quieren que Dios, que su santísima madre y que los Santos autoricen sus maldades; ¡qué horrorosos sacrilegios! semejantes a los que en mi mocedad vi cometer a dos jóvenes, uno que al querer conseguir una mozuela para fines inhonestos, viendo que ella se le resistía, le suplicaba por María Santísima de los Dolores que lo complaciera, y luego que ni aun así pudo lograr satisfacer su apetito, concluyó encargándole la conciencia y haciéndola responsable delante de Dios de todos los malos pensamientos que tuviera por no haberle dado gusto; otro, que cada tres días o cuatro se llegaba a comulgar, estaba prostituido con una moza con quien dormía todas las noches, y de la cama se levantaba para ir a la mesa del altar, reconvenido este por una persona timorata, respondió, que era tanta su devoción al Santísimo Sacramento, que cuando pasaban ocho días sin comulgar no podía vivir. Así es el cristiano porte de los insurgentes religiosos.

Y ¿qué diremos de los que dicen, que la insurrección es un punto puramente político y que los europeos lo han querido hacer de religión? Esta es una materia digna de que se tratará por los más sabios de esta Corte, porque con esta diabólica máxima han seducido y seducen cada día a los pobres ignorantes, y de ella se valen muchos eclesiásticos para dispensarse de la obligación que tienen de predicar sobre el particular, y para desentenderse de desengañar al pueblo. La insurrección, ya se considere en sus principios, ya en sus medios y ya en sus fines, es diametralmente opuesta a las santas máximas de nuestra sagrada religión. Léanse las proclamas del cura Hidalgo; véanse los títulos que se han dado por los corifeos de la revolución a los comandantes, subdelegados y demás jefes insurgentes, y se verá que vienen clara y distintamente aboliendo el amor del prójimo, y negando el quinto y séptimo precepto del decálogo. Dicen que el odio a los europeos es acepto a los ojos de Dios. Publican que el quitarles la vida y robarlos es lícito; válense para

hacerlo creer de los sacrílegos e hipócritas medios de que ya he hablado, como son pagar misas y ejercer otros actos de religión, siendo el funesto resultado de todo esto lo que con asombro ha visto todo este reino, lo que con dolor ha llorado la cristiandad, y lo que con escarnio han visto las naciones extranjeras. Los príncipes de la Iglesia, las firmes columnas de nuestra santa religión, los ilustrísimos señores obispos andan huyendo de sus diócesis, los canónigos de sus coros, los curas de sus parroquias, los religiosos de sus conventos; los tesoros de la Iglesia han sido saqueados, robados los templos, profanados los santuarios, violadas las clausuras de los monasterios de las vírgenes consagradas a Dios, y perseguidos hasta darles violenta muerte o los sacerdotes; en la cátedra del Espíritu Santo y en el tribunal de la penitencia se han enseñado y aconsejado el odio, la venganza y la enemistad; se ha negado la obediencia jurada nuestro suspirado monarca el señor don Fernando VII quebrantando en este el precepto expreso y formal de Jesucristo, que mandándonos dar al César lo que es del César le debemos por derecho divino ser fieles y obedientes; se han atropellado y escarnecido las censuras del respetabilísimo Tribunal del Santo Oficio, haciendo irrisión de sus venerables edictos, y lo mismo de los que celosamente han promulgado los sabios eclesiásticos prelados, llegando a dudar de su justicia y autoridad sólo porque son europeos; se ha faltado por último a la debida subordinación y respeto a todos los magistrados y tribunales, tanto seculares como eclesiásticos, en quienes está depositada la autoridad de Dios y del rey, hasta llegar a conspirar contra la preciosa vida del jefe más amado de estos dominios; y este cúmulo de excesos, impiedades y sacrilegios ¿es posible que se ha de considerar como punto puramente político y no interesante a la religión santa que profesamos? ¡Qué sospechosos considero en la fe a los que así discurren? ¡Oh reino de Nueva España! ¿Cómo abrigas en tu seno unos monstruos que pretenden tu ruina eterna, no contentos con haberte causado la temporal de que te estás lamentando?

En efecto, por más que digan que los insurgentes no vienen haciendo daño a la patria, y sí favoreciendo a los patricios, es una falsedad; no se puede tender la vista por esos infelices países insurgentados, sin que deje uno de sumergirse en un inmenso piélago de amarguras; ¡quién pudiera llevar como por la mano a los apasionados de la insurrección, y pasearlos por todos aquellos pueblos! viéramos entonces si tenían valor para ratificar su expresión. Yo aseguro que no sólo se desengañarían, sino que se llenarían de horror y de confusión al ver unos pueblos antes deliciosos y poblados, ahora funestos y asolados; antes gratos a la humana sociedad, ahora terribles y espantosos aun a sus mismos habitantes; antes quietos y seguros, ahora alborotados y peligrosos; y si luego fuéramos visitando una por una las casas ¡qué dijeran al oír los justos lamentos de los que las habitan! unos lloran la muerte de sus padres, de sus hijos, de sus maridos, de sus hermanos y de sus amigos; otros suspiran por la separación de estos mismos, cuyo actual estado ignoran; otros claman por socorros espirituales de que carecen, porque sus sacerdotes por temor de los bandidos se han alejado de su vista; otros llenos de miserias se alimentan con las lágrimas que les saca el dolor de haberse visto saqueados; y finalmente todos se ven asombrados y llenos de pavor, porque temen ser víctimas de unos hombres tan pérfidos que no respetan lo más sagrado, ni conocen la humanidad. La voz sola de *ya vienen los insurgentes* ha puesto a muchos en los umbrales del sepulcro, sin embargo de ser criollos; porque aunque al principio se dijo que la persecución era sólo contra los europeos, pero esto fue un aparente sistema con que pretendieron alucinar a los pueblos; tanto o más han robado y quitado la vida a los criollos que a los europeos, valiéndose del primer pretexto que se les antoja para cometer sus iniquidades.

Pero ¿para qué me he de cansar en conducir a mis paisanos a horrorizarse a otras tierras distantes, si en esta misma capital estamos sintiendo los lastimosos estragos que ha causado la insurrección? los víveres escasos, el comercio parado, los talleres sin ejercicio, suspensas las oficinas, sin giro los más graves negocios, y finalmente todo, todo en tal inacción, que si no fuera por las sabias providencias del dignísimo jefe que nos gobierna, no habría ni quien quisiera pisar los umbrales de esta hermosa ciudad; ¿y estos son los que no vienen haciendo año a la patria? ¿Estos son los que vienen favoreciendo a los americanos? ¡Qué necios seréis si les dais crédito!

No, hermanos y paisanos amadísimos, no los creáis, os engañan, ellos son los que a costa de vuestra debilidad pretenden labrarse su fortuna; ellos son verdaderamente unos públicos enemigos de nuestro sosiego, aspiran a hacernos cómplices de sus delirios para sumergirnos en el insondable abismo de males, en que han sepultado a tantos desgraciados que se dejaron alucinar. A los europeos debemos venerarlos y respetarlos como a nuestros padres, como a nuestros maestros, y como a nuestros mejores y más verdaderos amigos. Ellos nos han enseñado a guardar y guardan el debido respeto al sacerdocio sin distinguirlo entre criollos y europeos; de tal manera que su queja no es general ni contra el carácter, sino sólo contra las personas que han sido delincuentes y esta misma la verterían si los faccionarios hubieran sido sacerdotes europeos, como lo hacen contra aquellos que siendo españoles sirvieron de emisarios de Napoleón. Lejos de aspirar a nuestra destrucción los europeos, nada sienten más que saber los innumerables criollos que han perecido en las batallas en que con la vida del cuerpo han perdido la del alma; pórtense los criollos con conducta y con honor, y logran la protección de los europeos como hasta aquí ha sucedido con todos o casi los más empleados, que han conseguido su colocación por el favor de estos, que con su dinero, sus estimaciones y valimientos los han auxiliado; y

últimamente vivan persuadidos mis compatriotas de que los insurgentes son unos hombres sin cristiandad, que viven haciendo guerra a la religión, al rey y a la patria, como que por su causa seremos el objeto de la censura de todas las naciones que han visto con espanto tan criminal conducta. Aborrezcamos su proceder inicuo y sangriento, unámonos todos para oponernos a sus pérfidos designios, y descubramos los traidores que conspiran contra el superior gobierno, pues sólo de este modo limpiaremos el borrón con que han pretendido mancharnos, ensalzaremos nuestro honor, nos haremos acreedores a la pública estimación, y nos bendecirá el cielo.

Esto es cuanto pretendía hablar a mis paisanos por medio de vuestra meced nuestro gran Dios y Señor que sabe mi corazón, y conoce lo sano de mis intenciones, me conceda ver logrados mis cristianos deseos, que son los de ver restituido en estos dominios el precioso tesoro de la paz que hemos perdido, y que debemos procurar todos, principalmente su afectísimo.— *M. G. T. C.*

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602